

6. La escritura en la pared

DANIEL CAPÍTULO 5

Era la última noche de la existencia de una nación, pero la gente no lo sabía. Algunos dormían en paz inconsciente; otros se regocijaban y daban vueltas en danzas despreocupadas. En las guaridas de Babilonia, hombres sumidos en el vicio continuaban sus desenfrenadas orgías; en el palacio, Belsasar festejaba con mil de sus nobles. La música resonaba por las salas brillantemente iluminadas. Los nobles se recostaban alrededor de las mesas suntuosamente dispuestas. Mujeres de la corte y concubinas del rey entraron en esos salones. Era una fiesta de Baco, y bebían a la salud del rey en su trono. Él ordenó que los vasos sagrados fueran traídos del templo para demostrar que ningún ser, humano o divino, podía levantar una mano contra él, el rey de Babilonia. La copa de oro llena de vino fue levantada y se invocó la bendición de Bel, pero nunca llegó a los labios del rey medio ebrio. Su mano fue detenida. Esos vasos habían sido moldeados por manos divinamente hábiles, y según modelos celestiales. Los ángeles los habían observado mientras eran sacados del templo en Jerusalén y llevados a Babilonia. Mensajeros divinamente designados los habían custodiado, y su misma presencia en el templo pagano era un testimonio del Dios de los judíos. Algún día el silencio se rompería. La profanación de Su templo no siempre quedaría impune.

Ese momento llegó cuando el rey levantó la copa llena de vino espumoso. Su mano se puso rígida, pues en la pared opuesta, frente a las luces, había una mano sin sangre, escribiendo palabras en un idioma desconocido. La copa de vino cayó al suelo; el rostro del rey palideció; tembló violentamente, y sus rodillas chocaron entre sí hasta que el magnífico cinturón de sus lomos se soltó y cayó a un lado. Las fuertes risas cesaron, y la música se extinguió. Presos del terror, mil invitados miraron del rostro del rey a la escritura en la pared.

Los astrólogos y adivinos caldeos fueron llamados, pero la escritura carecía de sentido para ellos. Aquellos que enseñaban todos los idiomas terrenales no

lograron reconocer el lenguaje del cielo. Los cuatro extraños caracteres permanecieron como se vieron por primera vez, grabados en letras de fuego en la pared.

Durante días, el asedio de Babilonia había continuado. Las puertas estaban cerradas y sus muros se consideraban inexpugnables, mientras que dentro de la ciudad había provisiones para veinte años. Pero, por muy fuerte que pareciera, Dios había dicho: «Aunque suba Babilonia hasta el cielo, y aunque fortifique la altura de su fuerza, de mí vendrán a ella destructores».

Las fortalezas más fuertes que el hombre puede construir son aplastadas como una hoja moribunda cuando la mano de Dios se posa sobre ellas. Pero esta era una lección que los gobernantes de Babilonia aún no habían aprendido. El padre de iniquidad, que impulsaba a estos gobernantes hacia un pecado más profundo, aún no había admitido la debilidad de su causa. El cielo y los mundos no caídos observaban el progreso de los acontecimientos en esta gran ciudad, porque era el campo de batalla de las dos poderosas fuerzas del bien y del mal. Cristo y Satanás contendieron aquí.

Ángeles, invisibles a los ojos humanos, como cuando reunieron a los animales en el arca antes del diluvio, habían reunido fuerzas contra Babilonia. Dios estaba usando hombres que no lo conocían como Dios, pero que eran fieles a los principios y deseaban hacer lo correcto. A Ciro, el líder del ejército persa, que ahora estaba fuera de los muros de la ciudad, Dios le había dicho que sostenía su mano para hacerlo fuerte.

Delante de ti «Desataré los lomos de los reyes». Abriré esas puertas de dos hojas, y las puertas no se cerrarán; «Yo iré delante de ti y enderezaré los lugares torcidos; romperé en pedazos las puertas de bronce y cortaré en dos las barras de hierro».

Mientras Belsasar y sus nobles bebían y festejaban, el ejército de Ciro estaba disminuyendo las aguas en el lecho del Éufrates, preparándose para entrar en la ciudad.

Como los caldeos no pudieron leer la escritura en la pared, el terror del rey aumentó. Sabía que esto era una reprimenda por su banquete sacrílego, y aun así no podía saber el significado exacto. Entonces la reina madre recordó a Daniel, quien tenía «el espíritu de los dioses santos», y quien había sido hecho jefe de los sabios en los días de Nabucodonosor como resultado de interpretar el sueño del rey.

Daniel, el profeta de Dios, fue llamado al salón del banquete. Al presentarse ante Belsasar, el monarca prometió hacerlo tercer gobernante del reino si interpretaba la escritura. El profeta, con la tranquila dignidad de un siervo del Dios Altísimo, se paró ante la multitud espléndida y aterrada que evidenciaba un banquete intemperante y una desenfrenada juerga.

En Israel, los niños eran nombrados bajo la inspiración del Espíritu de Dios, y el nombre era una expresión del carácter. Cuando Dios cambiaba un nombre, como en el caso de Abraham, Jacob o Pedro, era debido a un cambio de carácter en el individuo. Fiel al nombre que le dio su madre, Daniel —el juez de Dios— aparece de nuevo para vindicar la verdad. Nabucodonosor lo había llamado Beltesar, en honor al dios babilónico Bel, pero hasta el final este hebreo, que conocía al Señor, permaneció fiel a su nombre dado por Dios, como se muestra en el versículo doce de este capítulo. No habló con palabras halagadoras, como lo habían hecho los supuestos sabios del reino, sino que habló la verdad de Dios. Fue un momento de intensidad, pues solo quedaba una hora para dar a conocer el futuro. Daniel era ahora un anciano, pero rechazó severamente todo deseo de recompensas u honor, y procedió a repasar la historia de Nabucodonosor, y el trato del Señor con ese gobernante, —su dominio y gloria, su castigo por el orgullo de corazón, y su posterior reconocimiento de la misericordia y el poder del Dios que creó los cielos y la tierra. Reprendió a Belsasar por su alejamiento de los verdaderos principios, y por su gran maldad y orgullo.

«Y tú, su hijo, oh Belsasar, no has humillado tu corazón, aunque sabías todo esto; sino que te has levantado contra el Señor del cielo;... y al Dios en cuya mano está tu aliento, y suyos son todos tus caminos, no has glorificado». Francas y

fuertes fueron las palabras de Daniel. Belsasar había pisado tierra sagrada; había puesto manos impías sobre cosas santas; había cortado los lazos que unen el cielo y la tierra; y no había manera de que ese Espíritu dador de vida de Dios lo alcanzara a él o a sus seguidores. Día tras día se le había dado su aliento, un símbolo del aliento espiritual, pero él alababa y agradecía a los dioses de madera y piedra. Cada uno de sus movimientos había sido en virtud del poder del Dios del cielo, pero él había prostituido ese poder a una causa impía. «Entonces de su parte fue enviada la mano, y se escribió esta escritura». Lo que no podía ver escrito en su propio aliento y músculos, lo que no podía leer en los latidos de su propio corazón, Dios lo escribió en caracteres místicos en la pared del palacio, frente al candelero.

La gente esperaba conteniendo la respiración mientras Daniel se volvía hacia la escritura en la pared y leía el mensaje trazado por la mano angelical. La mano se había retirado, pero cuatro palabras terribles permanecían. El profeta anunció que su significado era: «Mene, Mene, Tekel, Uparsin:... Dios ha contado tu reino, y le ha puesto fin:... pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto:... tu reino ha sido dividido, y dado a los medos y a los persas».

Al tratar con los hombres, Dios siempre usa un lenguaje que apela con fuerza a su entendimiento. Esto se ilustra en la escritura en la pared. Es una creencia común entre los idólatras que los dioses pesan las acciones en balanzas, y que si las buenas acciones superan a las malas, el individuo entra en su recompensa; si se obtiene el resultado opuesto, sigue el castigo. El lenguaje, por lo tanto, era familiar para el rey Belsasar. «Dios ha contado tu reino;... pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto». Para los magos que estaban al alcance del oído, mientras Daniel daba la interpretación, las palabras tuvieron una fuerza peculiar debido a su familiaridad con las costumbres religiosas.

Para quien conoce a Dios, la actitud del Señor hacia el pecador es muy diferente, y aún así el símbolo de las pesas y balanzas es aplicable. Para que este tema pudiera ser entendido, Dios había enviado una explicación por medio del profeta Ezequiel. Cuando un hombre peca y muere sin arrepentimiento, es

cortado de Dios, porque sus iniquidades lo separan de Dios, y no puede ser salvo. Si un hombre ama a Cristo y lo acepta a Él y su justicia, el carácter de Cristo se escribe frente al nombre de ese hombre en los libros del cielo, y mientras se atesore el amor por la verdad, el hombre se esconde en Cristo y es conocido por el carácter de Cristo. Dios trata con los hombres en el presente. Pudimos haber sido los peores pecadores, pero si hoy estamos escondidos en Cristo, el cielo solo toma en cuenta nuestra posición actual.

Así fue como Dios trató con las naciones, y esto responde a la pregunta de por qué Nabucodonosor podía un día estar a favor de Dios y al día siguiente en condenación; por qué el curso de acción de Sedequías fue condenado una vez, y luego se le dijo de nuevo que estaba en su poder salvar a Jerusalén.

Dios dio a los monarcas babilonios, y a través de ellos a todo el reino, una abundancia de tiempo para aceptarlo. Esperó mucho. El Santo Vigilante sobrevoló por mucho tiempo cerca del centro de los gobiernos terrenales; toda bendición que el Cielo podía otorgar fue dada para atraer al reino al lado de la justicia. Pero al fin la delgada cuerda que conectaba la tierra con el cielo se rompió; no había canal para el fluir del Espíritu Santo; solo la muerte y la muerte podían resultar. Para que no hubiera malentendidos, la última palabra leída decía: «Tu reino ha sido dividido, y dado a los medos y a los persas».

Apenas se le había puesto la túnica escarlata a Daniel y la cadena de oro colgado alrededor de su cuello, cuando los gritos del ejército invasor resonaron por el palacio.

En medio de sus festejos y disturbios, nadie había notado que las aguas del Éufrates estaban disminuyendo constantemente. El ejército asediador de Ciro, que había sido mantenido a raya por los enormes muros, observaba ansiosamente el río. El río había sido desviado de su curso, y tan pronto como el agua hubo descendido lo suficiente para permitir a los hombres un paso por el lecho del río, entraron desde lados opuestos de la ciudad. En su imprudente sensación de seguridad, los babilonios habían dejado abiertas las puertas en los

muros que bordeaban las orillas del río dentro de la ciudad. Así, los persas, una vez en el lecho del río, entraron fácilmente en la ciudad a través de las puertas abiertas.

«Yo iré delante de ti y enderezaré los lugares torcidos». (Isaías 45:2). Pronto, un puesto corría a «encontrarse con otro, y un mensajero a encontrarse con otro», para mostrar al rey de Babilonia que su ciudad está tomada por un extremo». Pero las noticias fueron recibidas demasiado tarde para salvar al rey. Dios había contado y terminado su reino. El enemigo se lanzó sobre el palacio. La pluma de la Inspiración describe la caída del reino más vívidamente que cualquier historiador humano. De aquellos invitados al banquete de Belsasar se dice: «Los embriagaré, para que se regocijen, y duerman un sueño perpetuo, y no despierten.... Los haré descender como corderos al matadero». Luego, como si el ojo del profeta no lograra separar a Satanás del reino que él había controlado durante tanto tiempo, exclama: «¡Cómo fue tomada Sesac! ¡y cómo fue sorprendida la alabanza de toda la tierra! ¡Cómo ha llegado a ser Babilonia un asombro entre las naciones!». El fuego arrasó las calles, y cuando la gente se dio cuenta de que la destrucción estaba sobre ellos, su clamor llegó al cielo. Fue una lucha cuerpo a cuerpo con fuego y espada hasta que los hombres se cansaron y abandonaron la contienda.

«En aquella misma noche fue muerto Belsasar», y el reino fue dado a Darío, el anciano rey de los medos. Así llegó a su fin una de las monarquías más orgullosas que jamás haya existido sobre la tierra. Cuando un individuo o una nación llena la copa de la iniquidad y traspasa el límite de la misericordia de Dios, es rápidamente humillado hasta el polvo.

La pregunta surge naturalmente: ¿Por qué el ejército conquistador no destruyó a Daniel, quien era el tercer gobernante del reino, en este momento crítico? La respuesta es simple y natural. Cuando el reino fue tomado y Belsasar muerto, Nabonido, el primer gobernante, al frente de un ejército, estaba rodeado por el enemigo en otra parte del reino. Esto dejó a Daniel como único gobernante en Babilonia. Él, sabiendo que más de cien años antes, Isaías había profetizado

que Ciro tomaría el reino, estaba listo para dar la bienvenida a aquel de quien Dios había dicho que construiría la casa del Señor en Jerusalén.

También hay buenas razones para creer que Daniel y Ciro no eran extraños. Cuando fue excluido del consejo de Belsasar, Daniel había pasado una parte de su tiempo en Susa, la capital de Elam. Elam se había rebelado contra Babilonia, en cumplimiento de la profecía de Jeremías.

Daniel pudo haber entablado amistad con Ciro y le mostró, como el sumo sacerdote hizo con Alejandro en cierta ocasión, la profecía que le concernía, y también le reveló la manera en que Dios había dicho que debía entrar en Babilonia. Es evidente, por la redacción del decreto dado en el primer capítulo de Esdras, que Ciro estaba familiarizado con estas profecías.

Dios da continuas oportunidades a su pueblo para preparar el camino para que les lleguen bendiciones, cuando caminan en la luz. Dios nunca es tomado por sorpresa, pero Su Palabra es *lámpara a nuestros pies y guía a la vida*. Esto ilustra la importancia de que el pueblo de Dios «conozca el tiempo» en que vive a la luz de la profecía. Hay un Testigo en cada escena de alegría sacrílega, y el ángel registrador escribe: «Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto». Este mismo Testigo está con nosotros dondequiera que estemos. Aunque podamos sentir que tenemos libertad y nos entreguemos a la ligereza y la frivolidad, sin embargo, se debe rendir cuenta por estas cosas. Como sembramos, así cosecharemos.

Las naciones hoy están repitiendo la historia de los últimos años del reino de Babilonia. Medo-Persia fue el instrumento en las manos del Señor para castigar a Babilonia. El próximo gran derrocamiento de gobiernos introducirá el reino de nuestro Señor. Para la batalla final, las naciones están ahora reuniendo sus fuerzas. El clamor ha salido: «Huid de en medio de Babilonia, y librad cada cual su alma; no seáis cortados en su iniquidad; porque este es el tiempo de la venganza de Jehová».